

à ese hombre, que mas te debe. Pudo segunda vez con esta embaxada tanto el miedo, que sin mas replicar, le dió otros cien sueldos, con que se fue contentísimo. Aquella misma noche, apareció nuestra Vida Christo à aquél rico en un Tribunal muy severo, y despues de hacerle cargo de sus gravísimas culpas, le dixo: Pues sabete, que si aquel pobre no huviera hoy oído Misa por tí, esta noche, sin remedio, estabas condenado à baxar al infierno: mira si lo que le debes es mucho. Dixo, y desapareció. ¿Y cuántos que no lo saben, quizá les habrá sucedido esto mismo? Cuántos, por la Misa que oyen, tendrán los bienes temporales que gozan? Y cuántos los bienes eternos de el alma? Pues si todos los tenemos en la Misa, acompañemos en ella à los Angeles en la pureza: estemos en ella como quien vé realmente presente à nuestro Dios con los ojos de la Fé, para lograr por tan Divino Sacrificio llegarlo à vér al descubierto con el lumbré dichoso de la Gloria.



PLATICA XXIII.

DEL ADMIRABLE, Y DIVINO Sacrificio de la Misa.

A 29. de Junio de 1691.

ENcerrar todo el Cielo en un anillo, meter en una fortija la máquina de esos Orbes, y abreviar en su piedra todo el movimiento de las esferas, celebróse ya con razon por el prodigio mayor del Arte: *Magni artificis est totum clausisse in exiguo*, decia Seneca. Tal fue aquel anillo, en cuya piedra encerrada la máquina de un relox de ruedas, sin que le faltase alguna, apuntaba con la manecilla, y sonaba con la campana regular las horas en la mano de el Gran Emperador Carlos V. tan sin bulto, tan sin embarazo, que pudiera decir que trría todo el Cielo en un dedo. Primor del Arte el mayor, no hay duda; pero, ¡oh, qué corrido lo dexa la fábrica de una hormigal que vencido se confiesa à la contextura de un mosquito! Oh, Dios, que así te ostentas mas grande en lo mas pequeño! exclamaba atonito el humilde Francisco: *Oh, ut relucet magnus in parvis Deus!* Pero qué se ostenta Dios en el mas soberano primor de su sabiduría, en el empeño mayor de su Omnipotencia, con que no solo el Cielo nos abreva en el Santo Sacrificio de la Misa, sino que en ella nos pone ceñido todo lo infinito, abreviando todo lo inmenso, todo un Dios en un pequeño círculo, y todos sus abyssos de perfecciones en una Hostia, para que así quede siempre infinitamente obligado nuestro amor, quando así nos dá lo mismo que le hemos de ofrecer por nuestro unico desempeño! Y si éste lo tenemos en la Misa, entendamoslo bien para saber lograrlo.

¿Qué cosa es Misa? Que si aun solo la corteza

de este nombré nos ha dado yá tanto jugo para el espíritu, qué será la interior dulzura de tan alto Mysterio? *Misa*, responde el Catecismo con palabras definidas en el Santo Concilio de Trento: *Misa*, dice, *(Concil. Trid. sess. 22. c. 1.) es un Sacrificio, que se hace de Christo, y una representacion de su vida, y de su muerte. ¿Y à quién se hace este Divino Sacrificio? Al Eterno Padre.* Asentado, pues, como verdad de Fé, que la Misa es verdadero Sacrificio, y el único, y sólo, que nos dexó nuestra Vida Christo en la Ley de Gracia que gozamos, porque él solo con infinita ventaja comprehende toda la perfeccion, que figuraban todos los antiguos Sacrificios de las Leyes de Naturaleza, y Escritura: nos quedan tres puntos que explicar. ¿Qué quiere decir, que la Misa es Sacrificio? ¿A quien lo ofrecemos? Y qué es lo que ofrecemos?

No es Sacrificio todo lo que solemos llamar con este nombre, sino que à obras que estimamos por grandes, para acreditarlas mas, las llamamos Sacrificio. Así decimos, que hace un grande Sacrificio el que se consagra à Dios en vida Religiosa. El que con paciencia sufre por Dios, ò un grave dolor, ò la muerte: *Quasi holocausti hostiam accepit illos*. Y así, en esta impropria significacion llamó David Sacrificio al corazón contrito: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*: llamó S. Pablo Sacrificio à la limosna: *Talibus enim hostiis promeretur Deus*. Y así todas las obras de virtud, porque todas se consagran à Dios, se pueden llamar latamente Sacrificio; pero en su propia, y rigurosa significacion, lo que entienden con Santo Thomás todos los Theólogos, es, que Sacrificio es una oblacion exterior, legitimamente instituída por autoridad suprema; la qual ofrecemos à solo Dios en señal de nuestra humilde sujecion, y en protestacion del absoluto, supremo, soberano dominio, que Dios tiene sobre todas las cosas, y por eso con la destruccion, ò mudanza de aquello que le ofrecemos, le confesamos, que es Dueño de la vida, y de la muerte, y que como de solo su querer pende el sér de todas las criaturas, así con solo su querer puede destruirlas. Es verdad, que con la adoracion le reconocemos à Dios su absoluto dominio; pero como en ella nada le ofrecemos, no es sola la adoracion Sacrificio. Es verdad, que como à Señor absoluto le ofrecemos à Dios muchas ofrendas de Templos, Altares, y de otros Sagrados adornos; pero como esas se quedan como las damos, sin mudanza, no son todas las oblaciones Sacrificios, aunque todo Sacrificio es oblacion. Es verdad, que el incienso, que ofrecemos en el Altar se deshace, y evapora en reconocimiento de nuestra total sujecion, y en protestacion del supremo dominio de Dios, de cuya mano penden nuestras vidas; mas todavia no es ese yá en la Ley de Gracia Sacrificio; porque solo un Sacrificio nos instituyó nuestra Vida Christo, que es el de su Cuerpo, y Sangre, que dexó yá sin valor todos los demás Sacrificios, que havian sido sus figuras, y

sus sombras. Y así el incienso que en la Misa ofrecemos, solo es adorno, que sirve al mas estupendo Sacrificio, y que à los ojos nos avisa, como en sí defechos han de volar hácia Dios nuestros corazones. Han sido, pues, los Sacrificios desde que hay mundo, un tributo, que la misma naturaleza dictó para reconocer, ò à la verdadera Divinidad, ò à la aprehendida: de modo, que de este reconocimiento à superior dominio, no se han escusado, ni aun los mas bárbaros, dixo San Agustín: *Nulla fuit gens tam bárbara, que non sacrificavit iis, quos, vel putavit, vel finxit esse Deos. (L. 4. de Civit. c. 4.)*

Y yá si gozamos nosotros el conocimiento del verdadero Dios: (D. Th. 2. 2. q. 85. art. 4.) si à este supremo Señor, si à este Rey Soberano, si à este absoluto Dueño, la misma Ley de naturaleza nos dicta, que le debemos pagar algun tributo, que siendo digno de su grandeza, que es infinita, sea tambien correspondiente à nuestra obligacion, que es inmensa: ¿qué tributo le podríamos pagar, que fuese digno de un Rey tan Soberano? Volved los ojos por todas las criaturas, y ni en alguna, ni en todas juntas hallareis oferta que sea digna de ponerse à los ojos de quien es dueño de todas. Por otra parte, si nuestras obligaciones las debemos contar por todos los instantes de la vida, por cada respiracion, por cada miembro de nuestro cuerpo: con qué tributo le podemos correspondier à este Rey Divino? Frontón IV. Rey de Dinamarca, habiendo vencido à los Saxones, les perdonó las vidas, pero con condicion de que se las havian depagar con su tributo. Y primero les fue poniendo tributo à cada cabeza; luego otro tributo à cada parte del cuerpo, que tuviese un codo: luego sobre todos los miembros del cuerpo; porque si todo eso (dixo) os lo doy yo con daros la vida, me haveis de pagar por cada miembro distinto tributo. ¡Oh, mi Dios! Pues qué será el que le debemos? *Ecce totum me debeo pro me facto*, decia todo derretido San Bernardo, *quid addam jam, & pro refecto?* Si todo quanto soy, si todo quanto tengo me debo à Dios, porque con darme el sér me lo dió todo: qué me queda luego con que pagar el segundo, y mejor sér de la gracia? ¡Oh, abyssmo de obligacion! Si te hallaras ciego, qué dieras à quien te restituyera los ojos? Si te vieras valdado un una cama, qué dieras à quien te diera pies, y manos? Si te vieras yá en punto de morir sin remedio, ¿qué dieras à quien te diera la vida? Pues si todas estas obligaciones debemos à Dios, ¿qué tributo le pagaremos?

Pues este es el que tenemos con que pagar en la Misa: en que para que sea Dios honrado de nosotros, tanto como merece su infinita grandeza, y para que sea correspondido de modo, que equivalga à toda nuestra obligacion; el mismo Hijo de Dios es el que poniendose debaxo de las especies del Pan, es la ofrenda, es la víctima, es el tributo, que en protestacion del supremo dominio de Dios se ofrece por nosotros aparejado à perder aquel sér sacramental, que allí por la Consagra-

cion adquiere. Y por esta ofrenda Divina, y por esta mudanza prodigiosa, con que el mismo Hijo de Dios pierde aquel sér sacramental en faltando las especies del Pan, en el acto de la humildad mas estupenda, protesta por nosotros à su Eterno Padre su Divina Soberanía. Por esto es la Misa el Sacrificio mas soberano con que correspondemos nosotros à nuestra inmensa obligacion. Y si así la debemos conocer, si no somos brutos; cómo no buscaremos siempre con ansias este Divino Sacrificio, en que todo el infinito caudal de nuestra Vida Christo se hace nuestro, para que tengamos con que pagar? De aquel celebre caritativo Telonario se refiere, que no teniendo yá que dár, se vendió à sí mismo por esclavo, para repartir todo su precio à los pobres. San Paulino se entregó à sí mismo por cautivo, para rescatarle à una pobre viuda su hijuelo. Mas: ¿qué tiene que hacer uno, y otro con el mismo Hijo de Dios, que todos los dias tan innumerables veces se nos dá à sí mismo, se hace de nuevo todo nuestro, para que con quanto vale un Hijo de Dios, podamos pagar nosotros à su Eterno Padre el tributo que le debemos? Pues ¡oh, Dios de mi vida! ¿cómo pagaremos esta fineza? Qué dixeramos, si allí los pobres, ò si allí aquella viuda, no quisieran asistir, ò asistieran de muy mala gana al contrato, en que el uno por ellos se vendia como esclavo, y el otro se quedaba cautivo? Pues cómo tan de mala gana asisten à la Misa no pocos, donde el Hijo de Dios se nos dá à sí mismo, para que con todo su valor enriquecidos, podamos pagar à Dios nuestras imponderables deudas? Quinto Terencio, Senador Romano, como refiere Livio, (Liv. lib. 10. de Bell. P.) porque Scipion Africano lo rescató del cautiverio, en que estaba en Carthago, no halló otro modo de mostrarle à Scipion su agradecimiento, sino con entrar en su triunfo en Roma con montera de cautivo, y à pie entre los otros cautivos. ¿Pues cómo no asistiremos nosotros a gradecidos al que se nos dá à sí mismo por precio, con que paguemos la mas estrecha obligacion?

Este Sacrificio, pues, esta ofrenda Divina, tributo con que reconocemos nuestra mas humilde sujecion, y con que protestamos en Dios el mas supremo, y absoluto dominio, se lo ofrecemos al Eterno Padre. Y así, aunque suelen decir, que se le dice una Misa à la Santísima Virgen, à éste, ò à aquel Santo, debemos entender, que ni à la Señora, ni à Santo alguno se le ofrece el Sacrificio, sino solo al que es absoluto Señor del Universo; pero ponemos, ò à la Santísima Virgen, ò al Santo de quien es la Misa, por nuestro especial intercesor, para que nos alcance de Dios lo que pedimos, por aquella especial honra que le hacemos: Así nos lo dice la Iglesia: *Ut illi pro nobis intercedere dignentur in Calis, quorum memoriam agimus in terris.*

Mas yá, qué es lo que le ofrecemos al Eterno Padre con ofrecerle à su Hijo en este Soberano Sacrificio? ¡Oh, Dios! Aquí pido, almas, vuestras aten-

atenciones, aquí toda vuestra ponderacion, y aquí toda vuestra ternura. ¿Quánta sería la honra, y la gloria que le ofreció á Dios un San Vicente Ferrer, que convirtió doscientos y cinquenta mil Judíos, ciento y ochenta mil Moros? Quánta sería la honra que le hizo á Dios un San Francisco Xavier, que bautizó un millon, y doscientas mil almas? Quánta sería la honra que le ofrecieron á Dios todos los doce Apóstoles, y los setenta y dos Discipulos, que derramaron las luces de la Fé por todo el mundo? Pues toda esa honra junta, ni con infinita distancia no llega á la honra que se le ofrece á Dios en una sola Misa. Pues añadamos mas: ¿Quánta será la honra que le han hecho á Dios derramando su sangre, dando sus vidas entre tan atroces tormentos, tantos millones de Santos Martyres? Quánta la honra que le han hecho tantos Santos Confesores, y Virgenes, yá desgarrados á penitencias, yá consumidos á ayunos, yá abrasados, y extáticos en contemplacion fervorosa? Pues aun no alcanza toda esa honra á la que en una sola Misa se ofrece á Dios. Pues aumentemos mas: ¿Quánta será la honra que tantos millares de millares de Angeles han hecho á su Magestad, sin cesar un punto de alabarla? Quánta la que todos los Bienaventurados juntos le están haciendo, sin dexar un punto de amarle con un amor beatífico, y en el superior grado intenso? Y sobre todo, quánta será la honra, y la gloria que á Dios le ha dado María Santísima, yá en la tierra, con tantos méritos como vivió instantes, y yá en el Cielo con excesos de gloria, que aventajan á todas las criaturas? Pues toda esa honra, aunque se junte toda, aunque se multiplicaran, de tantos como ahora hay Bienaventurados, otros tantos millones de millones: aunque se aumentaran millones de criaturas, que cada una fuera tan abysmada en perfecciones, como María Santísima; todas no llegarían nunca á la honra, y á la gloria que se le ofrece á Dios en una sola Misa. Y la razon de esta verdad, no es menos que de Fé; porque siendo el mismo Hijo de Dios el que en la Misa se ofrece como víctima á la Santísima Trinidad, todas las honras, alabanzas, y glorias, que le pueden ofrecer todas las criaturas juntas por toda la eternidad, no llegan, ni pueden igualar jamás á un acto solo de amor de nuestra Vida Christo, que dignificado de su Divinidad, ese solo acto es de valor, y precio infinito: ¿Pues de quánto será aquel Sacrificio, en que no un acto solo, sino todo Christo se humilla, se ofrece, y adora á la Santísima Trinidad todo quanto ella es adorable, y le ofrece una honra tan infinita, que se iguala á toda la inmenidad de su grandeza?

Por eso, aun los yá Bienaventurados adoran, y reverencian este Divino Sacrificio. El V.P. Pedro Saavedra, de nuestra Compañía, (Haut. á n. 1069.) siempre que oía Misa en el Sepulcro de S. Diego de Alcalá, al querer alzar la Hostia, oía ruido dentro de la caja, como que el santo cuerpo se

levantaba á adorar al Señor. El B. Fray Mauricio Ungaro, Dominicano, estandole celebrando sus exequias, y puesto su santo cadaver en medio de la Capilla Mayor, al alzar la Hostia, con pasmo, y admiracion de todos, abrió los ojos el cadaver, y los fixó en ella. Cerrólos, y al alzar el Caliz, volvió á abrirlos, y cerrólos otra vez luego, dexando á los circunstantes atonitos. En Napoles, donde en una ampollita se guarda una poca de sangre de San Estevan Protomartyr, (*idem* 595.) estando ésta tan endurecida como una piedra, en poniendola en el Altar, al decirse la Misa, se derrite, se regala, e hierva, como si estuviera fresca. Mas: En Midelburg, havendose convertido con estupendo prodigio una Forma consagrada en carne fresca, y hermosa, despues de otras maravillas, trasladandola en procesion á la Ciudad de Colonia, para colocarla en su célebre Relicario, al entrar en la Iglesia, viendolo todo el concurso, todas las Reliquias de varios Santos, que estaban puestas en el Altar, sin que las llegara mano, todas se retiraron, dexando defocupado el principal lugar, á la que veían entrar de su Supremo Rey. No paró en eso la maravilla, sino que havendola yá colocado, volvieron todas aquellas á hacerle por repetidas veces profunda inclinacion. ¿Mas qué mucho, que así todos los Santos se postren á su presencia, si la Reyna de todos María Santísima baxa desde su Trono á servirle humilde en su Soberano Sacrificio? Así lo vió la B. Beneventa Dominicana: Vió, digo, al oír Misa, que baxando acompañada de Angeles la Santísima Virgen, por sí misma la Señora, con profunda humildad, y reverencia sirvió al Sacerdote, y dando luego por su mano purísima el lavatorio á los que comulgaban, á cada uno le iba haciendo reverencia baxando la cabeza. ¡Oh, almas! Pues si así á este Sacrificio soberano cede todo el Cielo, ¿quién habrá que no procure participar en hacerle á Dios una honra tan infinita, ó con decir la Misa, ó con mandarla decir, ó con asistirle, y oírle devoto? Lograrémos, pues, quanto es de nuestra parte este tesoro inmenso, si al empezar la Misa presentes, con todo el afecto de nuestro corazon á aquel Trono Supremo de la Santísima Trinidad, le ofrecieremos así nuestros afectos. ¡Oh, Soberano Dios, y Señor absoluto de todas las criaturas! Veo bien, y conozco quantas son las obligaciones que debo á tu inmensa liberalidad; pero siendo mi pobreza tan suma, siendo todo mi sér nada en tu presencia; he aquí, Señor, que te ofrezco á tu mismo Hijo, tan verdadero Dios, como lo eres tú; con todo su precio, que es infinito, te correspondo á lo infinito, que te debo; con todo un Dios, que es mi fiador, te pago mis deudas; y pues no puede dexar de agradarte esta ofrenda de tu Hijo: todo mi corazon junto á sus méritos infinitos; todos mis deseos los uno con el valor de su Cuerpo, y de su Sangre, y todo quanto soy lo consagro con tu Hijo á tu honra, á tu alabanza, y á tu Gloria.

PLATICA XXIV.

COMO EL SOBERANO SACRIFICIO de la Misa es juntamente representacion del sangriento, y ternísimo Sacrificio de la Cruz.

A 5. de Julio de 1691.

UN Gigante dormido despertó en la antigüedad toda la admiracion: postrado él por la tierra, levantó sobre sí mas que Gigantes los aplausos; y cerrados los ojos al sueño, le hizo tener abiertos todos sus ojos á la atencion. Idéa fue de Timantes, Pintor de grande nombre, retratar así dormido al Ciclope, mostrando con su pincel, que si aquel puesto en pie, no havia quien alcanzara á tantear los tamaños de su altura, tendido en la tierra, ni aun medidas havia que bastasen á su grandeza. Y por eso, así tendido al sueño el Gigantazo, le pintó á la redonda muchos Enanos, que con una caña muy solícitos, y diligentes por medirlo, empezando á varear por los pies, por mas prisa que se daban, aún no acababan de llegar á la cabeza. ¡Bien pintada exageracion! pero solo pintada. ¡Oh, Cathólicos, y quánto tenemos que admirarnos hoy en una imagen viva, en un retrato animado, y en una pintura, que nos pone delante á su mismo original! Eso es el Santo Sacrificio de la Misa, es un retrato que nos acuerda el mismo Original Divino que nos dá. Es una imagen que nos representa al mismo Christo, y es juntamente el mismo Christo, que en esa imagen se nos representa. ¿Mas para qué así, siendo el mismo Christo el que tenemos en la Misa, quiere juntamente ser de sí mismo una representacion, y una imagen? Saben para qué? Para que probemos así, á vér si podemos medir lo inmenso de sus finezas. Coged, pues, en la mano la Vara de la Cruz, y mirad, Fieles, si con esa Cruz podéis medir la grandeza infinita de este Gigante Dios, quando mas humillado, quando mas abatido está en ella por no nosotros, yá no dormido, sino muerto. ¡Oh, Jesus de mi vida! Y quién habrá, por los tamaños de la Cruz acierte á medir quanta fue de tu amor la grandeza? Enanos se quedan aquí aun los mas altos Serafines. Pues esa medida sin medida de la fineza de Dios en su Pasion, y Muerte, es la que nos representa, y la que nos acuerda el mismo Señor en este su incruento Sacrificio, para que así conozca quanta es su obligacion nuestro debido agradecimiento.

Esto es, pues, lo que se nos quedó para hoy en tres palabras de la respuesta pasada. *Misa*, nos dixo el Catecismo, *es un Sacrificio que se hace de Christo*. Hasta aquí explicamos, y añade: *Y una representacion de su vida, y de su muerte*.

De modo, que siendo el mismo Christo el que real, y verdaderamente se ofrece por nosotros en el Sacrificio Santo del Altar; es representacion con que nos acuerda el Sacrificio que ofreció por nosotros en la Cruz. Uno, y otro tenemos que atender. Confiese, y adore nuestra Fé, que es el mismo Hijo de Dios el que en la Misa se está ofreciendo por nosotros; pero juntamente nuestra memoria ha de tener á la vista el agradecimiento, el amor en aquel Sacrificio sangriento, en que por nosotros se ofreció, dando su vida entre tan terribles tormentos. Y así, siendo el mismo Christo el que en el Altar se ofrece, es tambien representacion, imagen, y retrato de sí mismo, como se ofreció en el Calvario. Esta memoria es la que nos pide por paga de tan indecible fineza: este recuerdo nos intimá por retorno de un beneficio tan infinito. (*Luc. 22.*) *Hoc facite in meam commemorationem.*

Pero antes que pasemos, oygo yá que me proponen una duda, y es, que el retrato es siempre cosa distinta de su original: el retrato de el Rey no es el mismo Rey, y vá de uno á otro, lo que vá de lo vivo á lo pintado: pues si el Sacrificio de la Misa es una representacion, y un retrato del Sacrificio que nuestra Vida Christo ofreció por nosotros en la Cruz: ¿cómo puede ser en la Misa el mismo Christo el que se ofrece? que eso sería ser el mismo Christo retrato de sí mismo. Así es, no hay duda: explícome con este exemplo. Ahí anda una Comedia, que se intitula: La mayor hazaña de el Emperador Carlos V. Es toda ella una historia de aquella generosa renuncia que hizo de la Corona, y de el Imperio, para tratar de morir: cosa bien sabida. Hacen ahora esa Comedia. Y qué es esto? preguntó. Es una representacion no mas de lo que aquel Emperador hizo. Es verdad; pero añado: Y si aquel Emperador viviera ahora, y él mismo por su persona quisiera salir á representar su papel; si así lo hiciera, fuera esa sola representacion? No: uno, y otro tuviera. Fuera representacion, y fuera realidad. Realidad, porque era el mismo Carlos V. por su propia persona el que salía. Y representacion, porque él mismo representaba aquella heroyca accion que antes hizo. Pues atendamos yá.

La mayor hazaña de el mayor Emperador de el Cielo, es la que en la Misa nos representa él mismo. Tal fue el amor de nuestro Dios, ponderan graves Padres, que así como para nuestro remedio estuvo por tres horas pendiente de la Cruz, si huviera sido menester para remediarnos estar en ella así clavado, sin cesar un punto solo de padecer, hasta el fin del mundo, lo huviera hecho. Mas porque ni esto fue necesario, ni conveniente á los designios de la Divina Providencia, que hizo este Amante Divino para satisfacer á su amor? Halló este modo prodigioso con que quedarle con nosotros en la tierra, continuando por instantes en el Sacrificio del Altar aquel admirable Sacrificio de la Cruz. Pero de modo, que yá